

Peripecia picaresca

I love you putamente

ESTEBAN CARLOS MEJÍA

Sílaba, Medellín, 2018, 246 pp.

“MI PAPÁ se llamaba Víctor como yo, Víctor Zapata. Yugo era, es, mi mamá. Hablando sin rodeos, soy lo que los escritores más castizos de estas breñas, Tomás Carrasquilla, por ejemplo, llaman un hidepú”. Con estas palabras, ante el lector, se presenta Víctor Yugo, el protagonista y narrador de esta novela, un rebuscador paisa apasionado por la literatura, que se gana la vida con una pequeña empresa de publicidad, comunicaciones y diseño, en la que escribe de todo, desde discursos hasta piezas publicitarias; pero no rehúye otros oficios que puedan salir en el día a día, algunos de los cuales lo pueden conectar con el bajo mundo criminal de la ciudad. Víctor, pichón de escritor que se debate entre vivir para escribir, o escribir para vivir, es soltero y vive con su mamá (“Celia Yugo, madre mía”), una mujer abnegada y sobreprotectora.

La novela relata unos pocos días de su vida, desde el momento en que Gallemo, un abogado vecino de oficina, le pide que le ayude a contratar a un sicario, lo que da pie a una serie de peripecias y de giros inesperados que conducirán a un desenlace turbio, del cual el protagonista escapa apenas con lo justo. En ese tiempo relatado quedará en claro la relación abierta que Víctor tiene con las hermanas Juliana y Luisa Bahamón, sus socias, amantes y cómplices; la amistad con el mismo Gallemo, despilfarrador de la fortuna familiar y con conexiones en todo Medellín; el acercamiento a Porfirio, un joven que posa de sicario pero no sabe qué hacer con un arma; su amor secreto por Amelia de la Torre, periodista y presentadora de noticiero para quien trabajó, cuya doble vida la relaciona con muchos personajes del alto y el bajo mundo de la ciudad, y la presencia de un padrino que lo protege, aunque también le encarga favores que pueden ponerlo en riesgo. Víctor es un hombre con suerte: se gana con facilidad los favores de quienes le rodean —salvo de Amelia—, sale indemne de tramas que podrían exponerlo al peligro, y

logra sobrevivir con su oficio, aunque sueña con transformar por completo su vida actual.

Pero más que de Víctor y los demás personajes, que entran y salen con el avance de la trama, lo que se va bosquejando en esta novela es el retrato de una sociedad permisiva, de costumbres relajadas, donde cada individuo, con tal de sacar ventajas para sí mismo, convierte en porosos los límites entre la legalidad y la ilegalidad, entre la amistad y la traición, entre las convenciones sociales y la cruda realidad. No hay fronteras que los personajes de esta novela no transgredan, dentro de este entorno en el cual los ataques de sicarios y el comercio con sustancias alucinógenas son pan de cada día, con el mayor desparpajo y sin ninguna molestia ética. El título de la novela tiene relación justamente con este ambiente de permisividad: es la expresión que brota del protagonista cada vez que tiene un orgasmo durante el acto sexual, sin importar quién sea la pareja con la que se encuentre. No es precisamente amor lo que siente al expresarlo en inglés y enfatizarlo con un adverbio en español: es el puro goce propio, desprovisto de cualquier otra intención.

La caracterización del protagonista, al mismo tiempo relajado y alerta, no habría sido posible sin dos elementos esenciales, íntimamente unidos entre sí: el lenguaje y el humor. Víctor Yugo sabe de literatura, conoce de autores y de obras, sueña con ser escritor, pero ese lenguaje literario brota al mismo tiempo con el uso vertiginoso del habla paisa, con sus giros, refranes y neologismos integrados al discurso cotidiano, con la misma naturalidad con que el personaje transgrede los códigos sociales: “Yo tenía la come-trapo, y eso que no me había fumado ningún vareto. Le ofrecí un guaro. Miró el reloj, vaciló, volvió a chequear la hora y luego dijo que bueno. Se lo zampó sin apuro” (p. 103); “amanecí muy enguayabado y con despecho: una tusa ni la hijueputa. Me dolían la cabeza y el esternón, me crujían los codos, me rascaban los brazos, me estorbaban las uñas” (p. 106).

Este uso del lenguaje es el que permite imprimirle un registro humorístico a la narración, aun en los momentos de mayor dramatismo,

por la ironía y el sarcasmo siempre presentes, el desparpajo y la crudeza para nombrar las situaciones y las cosas, y la manera descarnada como desnuda la doble moral, las debilidades y las contradicciones internas tanto del mismo Víctor Yugo como de su entorno. El protagonista es un observador agudo, sagaz, al que no se le escapa nada de su entorno, de su propia naturaleza y la de quienes le rodean, y se vale de ese lenguaje vivo, lleno de resonancias, para mostrarlo con toda crudeza.

De especial valor resulta el trabajo del erotismo en esta novela. En una literatura como la colombiana, en la que el sexo aparece muy esporádicamente, *I love you putamente* es una obra que explora este tema sin tapujos, abiertamente, con escenas de alto voltaje erótico que contribuyen a construir personajes y situaciones que luego repercutirán en la trama: “La agarré por la cintura, la soliví y la senté en el escritorio, a la altura que se merecía, 80,7 centímetros sobre el nivel del piso...” (p. 50). No hay tampoco límites, los personajes los transgreden sin ningún inconveniente, hombres y mujeres son dueños de sus sexualidades y se valen de ellas para alcanzar sus objetivos, por encima de la fidelidad y los afectos convencionales.

Novela picaresca, novela realista, retrato social y de época, *I love you putamente* es sin duda una obra que no deja indiferente al lector y que lo involucra desde las primeras líneas en su ritmo frenético y las cadencias de su lenguaje.

Pero en el momento de desentrañar la trama es cuando pueden echarse en falta unos cuantos tejidos. Las grandes preguntas que parecen motivar al personaje, su deseo de escribir textos propios y no por encargo, o el de dejar atrás este presente y cambiar radicalmente de vida, solamente afloran en ciertos momentos pero no tienen mayor incidencia en el remolino de acontecimientos en que resulta involucrado ni en la resolución de la trama. Pareciera que primó un afán por complicar la acción hasta el punto de hacerla inverosímil en ciertos pasajes, por introducir múltiples personajes (algunos de los cuales no tienen más que una corta figuración), y por no dejar decaer el ritmo a punta de pe-

ripecias y giros inesperados, en lugar de la necesidad de profundizar en las verdaderas motivaciones de Víctor Yugo, sus preguntas existenciales. La novela desperdicia así la oportunidad que tenía de trascender lo puramente anecdótico para adentrarse en una exploración que, sin perder el humor ni la riqueza del lenguaje, hubiera consolidado la mirada mordaz sobre la sociedad de su tiempo.

Óscar Godoy Barbosa